

JORDI GRACIA y DOMINGO RÓDENAS DE MOYA (eds.)

**LAS DOS MODERNIDADES:
EDAD DE PLATA Y TRANSICIÓN
CULTURAL EN ESPAÑA**

VISOR LIBROS

ÍNDICE

JORDI GRACIA y DOMINGO RÓDENAS DE MOYA: Prólogo	9
---	---

EDAD DE PLATA

LUIS GARCÍA MONTERO: El matrimonio y la política. O una historia de España y Europa	19
ANDRÉS SORIA OLMEDO: Pensamiento literario, corrientes e ideas en la Joven Literatura	35
GAYLE ROGERS: La España moderna en el mundo anglosajón	59
JUAN HERRERO-SENÉS: Frances Douglas y la reescritura de la modernidad española desde <i>The New York Times</i>	81
LAURIE-ANNE LAGET: “ <i>Bienvenus soyez-vous, messieurs</i> ”: la modernidad literaria española en la crítica francófona de los años veinte	105
MECHTHILD ALBERT: La recepción de la literatura de vanguardia española en Alemania (1925-1939)	137
SUSAN LARSON: La vanguardia en la arquitectura española (1920-1936): ¿Proyecto inacabado o proyecto indefinido?	165
ELISABET CARBÓ-CATALAN y DIANA ROIG SANZ: Las instituciones culturales y la cooperación intelectual. La creación de redes transnacionales en la primera modernidad española	191

TRANSICIÓN CULTURAL

DOMINGO RÓDENAS DE MOYA: Ensayos desplazados: el retorno precario del exilio	231
--	-----

CARLOS FEMENÍAS FERRÀ: «Seremos libres y dichosos, <i>my love</i> ». Identidad y modernidad cultural. Notas sobre la simbolización de lo internacional en las letras españolas (1958-1985).	259
JORGE LUIS MARZO: <i>Súper Pop</i> . La internacionalización del arte español en la Transición	287
JORDI IBÁÑEZ FANÉS: Tres herederos risueños. Filosofía «joven» en España hacia 1970	309
EDUARDO HERNÁNDEZ CANO: La novela gráfica: confluencias de la Transición	343
GERMÁN LABRADOR MÉNDEZ: Los convidados de piedra. Las largas ondas del 68 en la doble modernidad española	375
RAFAEL M. MÉRIDA JIMÉNEZ: Heterodoxias eróticas	421

Prólogo

Jordi Gracia
Domingo Ródenas de Moya

Hay un gesto inequívocamente reivindicativo detrás de la obiedad de nuestras *dos modernidades*. A estas alturas del siglo XXI nadie ignora que España ha vivido en la época contemporánea dos momentos de asertividad moderna y modernizadora, de reconexión conflictiva con la Europa de su tiempo, a veces para lo bueno y, a veces, también para lo malo.

¿Nadie ignora eso? Quizá una parte del problema empieza en ese optimismo típicamente ilustrado que tiende a proyectar su singular conciencia histórica a un conjunto abigarradamente diverso de existencias que solo en una pequeña parte sintoniza con esa visión. Quizá es menos común de lo que parece la identificación de un gran ciclo modernizador que arranca del último cuarto del siglo XIX, se extiende en los años veinte y treinta impulsado por un enérgico reformismo político y cultural y una asombrosa concentración de talento científico y artístico que culmina en la Segunda República y es interrumpido y deslocalizado tras una guerra de consecuencias catastróficas (la primera de las cuales es el exilio). Ese ciclo reaparece activamente antes incluso de la restauración democrática de 1978 y su desarrollo configura la España actual. El franquismo prolongó corrosivamente aquella guerra durante décadas pero el eje del infierno fue, sobre todo, el quindenio negro de la primera y más asfixiante posguerra, cuando nada ni nadie era capaz de cebar esperanza alguna de un cambio de tiempo. Nada ni nadie pudo soñar creíblemente en 1946 o 1947 con el final de una dictadura profascista primero, maquilladamente filofascista después y vestida finalmente con los rancios ropajes de un nacional-catolicismo invasivo y belicosamente antimoderno.

Ese siniestro espacio es, sin embargo, el que queda fuera de este libro y es a la vez el que está más presente. Sin él no habría manera de comprender la potencia emergente de ese segundo ciclo de modernidad que arranca de mediados de los años sesenta y no se ha interrumpido hasta el siglo XXI, pese a oscilaciones, retrocesos y averías múltiples (a menudo compartidas por el resto de países de nuestro entorno). No hay tipicidad alguna, no hay excepcionalidad patriótica, no hay españolidad como lesión congénita que valga para examinar la evolución de esta sociedad como conjunto en el último medio siglo largo. Los desajustes temporales, algunas disfunciones singulares, las patologías civiles largamente asentadas han dejado de ser argumentos crebles de una excepcionalidad española para convertirse en variaciones de un proceso que en nada separa al país, en lo fundamental, de las coordenadas evolutivas del resto de Europa. La crisis se ha ensañado de forma cruel con las generaciones más jóvenes, la vivienda y la precariedad laboral son problemas dramáticos, la infrafinanciación de la investigación sigue siendo grave y las vías de recuperación no son idénticas a las que puedan estar viviendo Alemania, Francia o Italia. Pero tampoco entre ellas existe ni remotamente esa identidad de conductas ni de problemas y las variantes rastreables en cada Estado forman parte de la naturaleza múltiple de la misma construcción europea.

Pero tampoco la interrupción sangrienta y abrupta del primer ciclo se vería con la misma rotundidad si atenuáramos o disfrazáramos la brutalidad del retroceso que padeció la sociedad española al enfrentar la posguerra. Las formas casi vegetativas de la continuidad no ocultan la quiebra radical. La implantación militarizada de la dictadura desde 1939, sin conciliación entre combatientes y sin siquiera reconocimiento del adversario, borró en territorio español, de golpe y sin piedad, la mera existencia física o nominal de exiliados y represaliados por el terror de Estado. El primer ciclo modernizador había puesto las bases de un país en fase de renovación y fue un golpe de Estado y una victoria militar inmisericorde los que pusieron fin no solo a la Segunda República sino al proceso entero que culminaba con ella.

¿Es esta una evidencia flagrante, un saber común y compartido en la cultura popular, en la cultura colectiva? Probablemente, no: entre las peores secuelas de la correosa socialización franquista está la neutralización de aquel tiempo brillante, creativo, expansivo y moderno que condujo a un cambio de régimen durante los pocos y asediados años

de la República. El antifranquismo sí logró conquistar tempranamente esa conciencia cultural, pero ese antifranquismo fue necesariamente minoritario, aunque supiese encontrar en el rescate afectivo y reivindicativo de aquel extenso pasado el basamento de la segunda modernidad en construcción desde finales de los años sesenta.

La primera edición del libro que cita de forma implícita nuestro subtítulo apareció en 1975, el mismo año de la muerte de Franco, de Escrivá de Balaguer, de Dionisio Ridruejo y de Luis Felipe Vivanco. *La Edad de plata* ofreció entonces, a manos de un joven de 30 años, un deslumbrante ensayo interpretativo de la vitalidad cultural que hundió la guerra pero que apenas formaba parte de la memoria cultural del tardofranquismo. Ese pasado moderno sigue demasiado apagado, eclipsado o desvaído bajo el peso de la historia construida por el propio franquismo y contaminada por sus propios valores. El empuje de auténtica modernización que arranca a finales del XIX está hoy ampliamente asentado en las élites culturales, artísticas e intelectuales, sin duda, pero a veces parece como si no hubiese existido nunca para la mayoría de la población, que lo vincula en exclusiva a la etapa de la República o solo a unos pocos nombres aislados y salvados de la quema del tiempo (Picasso, Buñuel, Lorca y Dalí, o Ramón y Cajal, Unamuno, Ortega, Juan Ramón y Machado). Dicho de otro modo: el borrado cultural del franquismo que ha heredado la conciencia popular ha desdibujado en democracia la existencia misma de una etapa poderosa, estimulante, modernizadora en todos los sentidos, y ha producido un efecto de simplificación de lo que fue fecundamente múltiple y complejo. No es posible sustraer aquel proceso al contexto de graves crisis políticas y sociales que sufrió la Europa de entreguerras y que en España se manifestaron en potentes estallidos sociales o con un golpe militar como el de Primo de Rivera en 1923. En la misma década Mussolini puso a Italia a sus pies, Salazar se hizo con el poder en Portugal y en Alemania emergía con creciente fuerza el partido nacionalsocialista de Hitler, mientras la amenaza o ilusión de que la revolución comunista se expandiera a Occidente condicionaba las agendas políticas.

En cierta forma, la concepción dual de este libro busca desactivar la tendencia aún viva a leer la historia española fuera del marco occidental, o dañada por un defecto de fábrica que la hace distinta, o fundamentalmente distinta a las demás. Lo fue, sin duda, con los